

jan y me dicen: «¡Adelante!» ¡Esto es un horror! Dejadme respirar, deteneos un minuto: ¿qué necesidad hay de devorar el camino? Quiero permanecer aquí, inmóvil, firme como una columna; ¡atrás todos! Pero el terreno está inclinado y liso, y el pie resbala y no sabe dónde afirmarse. ¡Compañeros, amigos de los diez y nueve años! Venid, apretémonos, aferrémonos unos á otros, no nos dejemos empujar, resistamos. ¡Maldición! ¡Falta el terreno á mis plantas!

VII

Pero ¿qué? Son tétricos ensueños de días lluviosos; asoma el sol y el alma se serena con el cielo. Y al breve desaliento sucede siempre un estado de ánimo, en virtud del cual me parece tan insensato y tan cobarde el alarmarse por una simple alteración de la cara, y echar de menos la loca alegría de la primera juventud, y querer rebelarse con un arranque de rencor despechado contra las leyes de la naturaleza, que me avergüenzo, me sacudo, me yergo con energía, recobro mi fe, mis esperanzas, mis propósitos, y me entrego de nuevo al trabajo con una resolución llena de arrogancia y de júbilo. Y en tales momentos me siento bastante fuerte para esperar con la frente serena los treinta años, los desengaños, las canas, los dolores, los achaques, la vejez, con los ojos de la mente fijos ante mí, lejos, en un punto luminoso que me parece que va agrandándose á medida que ando. Y sigo adelante con más valor, y á un enjambre de gente embriagada y clamorosa que me dice: «¡Con nosotros!» le contesto orgullosamente: «¡No!» y á una muchedumbre de jóvenes melancólicos que me dicen bajando la cabeza: «¡Quizás no sea verdad!» le contesto sin apartar los ojos de aquel punto, con voz alegre y entusiasta: «¡No!» y á una multitud de hom-

bres graves y soberbios que tocándome y enseñándome sus papeles y sus libros me dicen con sonrisa de compasión y de desdén: «¡Es un sueño!» les respondo siempre mirando allí, con grito que me sale del fondo del alma, como si viese aparecer ante mí una persona difunta: «¡No!» Que vengan en tal momento á decirme que he de envejecer y morir: ¿qué me importa? ¡Trabajo, creo, espero!

VIII

Y á la mayor parte de mis antiguos compañeros les ha sucedido y sucede lo mismo. Tienen las caras más serias, ó como Leopardi quiere que se diga, más tristes, y con las caras se han vuelto serias también las almas. He hablado de los cambios que me lastimaban, pero los hay asimismo que me consuelan. Encuentro alguno de mis camaradas, de aquellos que tenían menos juicio y menos fundamento, y me maravillo de oírlos hablar como hablan de patria, de trabajo, de deberes que cumplir, de porvenir que preparar. Se ha producido en los ánimos un trastorno general, y quizás en virtud de muchos casos ocurridos en estos pocos años, además de general, precoz. En algunos una secreta combinación, en otros el cuidado de la familia, en muchos la saciedad de la vida disipada, en no pocos una sincera y espontánea pasión por los estudios, surgen de improviso en medio del aburrimiento de los ocios de la vida de guarnición; han reunido las vagas ideas y recogido con un objeto determinado las fuerzas dispersas; han producido la costumbre de la reflexión y encaminado las mentes hacia los grandes problemas de la vida; han dado á todos un porqué de esta vida y enseñado el camino que debían recorrer, y les han dejado sin tiempo para echar de menos inútilmente el pasado.

Hemos entrado en la segunda juventud con algún desencanto, con un poco de experiencia y con la persuasión de que la felicidad — ese poco de ventura que se puede gozar en la tierra — no se obtiene agitándose y renegando y gritando al cielo y á la tierra «¡La quiero!», sino que se saca poco á poco de la parte más íntima del alma con la larga constancia de una quietud laboriosa. A las esplendorosas visiones han sucedido las esperanzas modestas, á los grandes designios los firmes propósitos, á las fulgurantes imágenes de la guerra, diosa anunciadora de embriagueces y de gloria, la imagen de Italia, madre que no promete — y esto basta — más que el elevado consuelo de haberla amado y servido.

IX

Y nuestro ánimo ha salido con mayor entereza del dolor de la guerra perdida.

Paréceme columbrar un día en que de un extremo á otro del país se repetirá el terrible grito: «¡Ya llegan!», y en que nosotros nos levantaremos, pálidos y altivos, contestando: «Los esperamos.» Entonces, por las calles de las ciudades, llenas de gente, de soldados, de caballos y de carros, al eco del nombre de Italia, entre el estrépito de las armas y el clamor de las trompetas, mis doscientos compañeros se encontrarán de nuevo; yo los volveré á ver, á muchos tan sólo una hora, á algunos quizás un momento, de noche, en una estación del ferrocarril, á la luz de las antorchas; nos veremos y nos saludaremos en silencio, apretándonos con fuerza la mano y mirándonos á los ojos.

No más gritos, no más cantos, no más alegrías bulliciosas, no más ensueños de marchas triunfales, no más aquel confiado y ligero «¡Hasta la vista!», con que se vela la imagen de la muer-

te y se alimenta, más que el valor, la esperanza; tan sólo nos diremos «Adiós,» y este adiós será una promesa recíproca, un pacto, un voto; aquel adiós querrá decir: «Esta vez no se *debe* bajar la ladera opuesta de la montaña; yo me quedaré en la cumbre y tú también.»

Y á menudo, por largo espacio de tiempo, me forjo en la imaginación campos de batalla lejanos, en los cuales se juegan los destinos de Italia. Vuelo con el pensamiento de valle en valle, de monte en monte, y en todos los pasos más difíciles y en todos los sitios más peligrosos, me figuro encontrar un amigo de colegio, encanecido, ya coronel ó general, al frente de su regimiento ó de su brigada, y me complazco en figurármelo en el momento en que, acometido por numerosas fuerzas enemigas, dirige la resistencia.

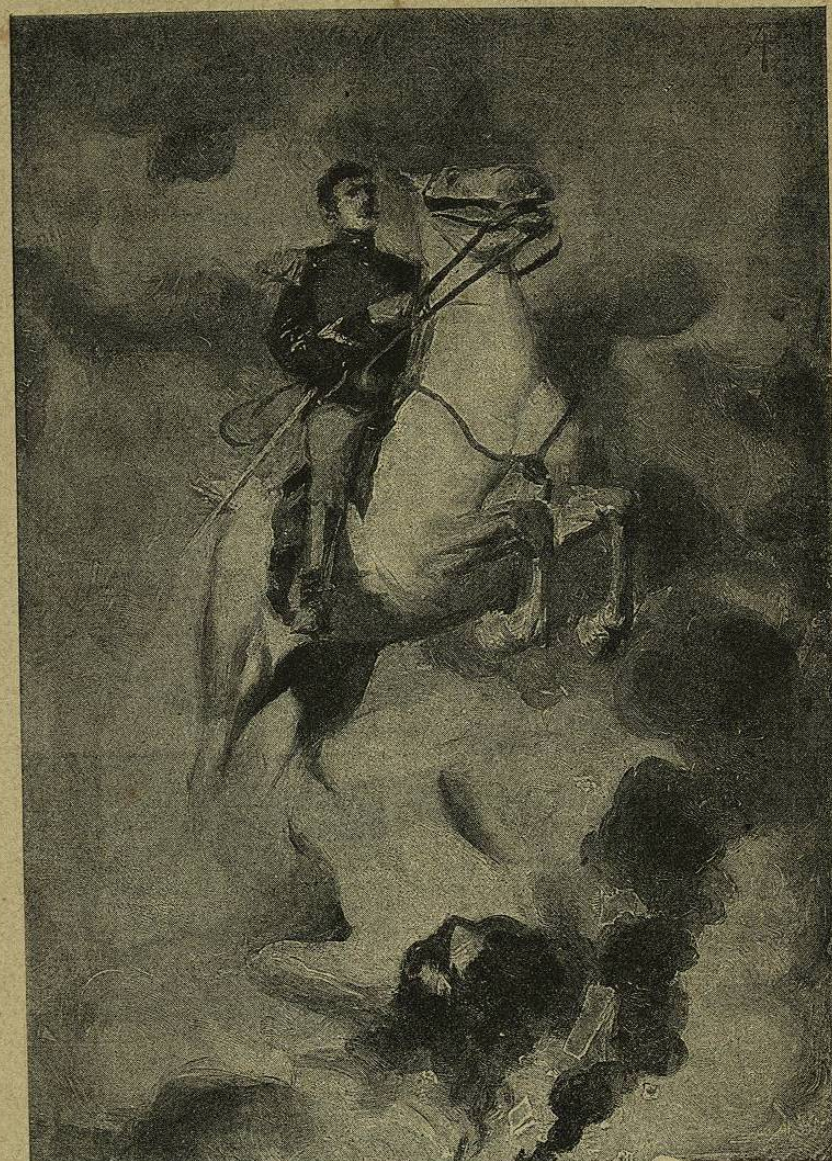
Las dos partes beligerantes vienen á las manos; y él, desde la cima de una altura, observa el combate trabado en el valle. ¡Pobre amigo! Quizás en aquel punto se decide de su vida y de su honor; treinta años de estudios, de sacrificios, de esperanzas, están á punto de ser coronados de gloria ó dispersados como un puñado de polvo, allí en aquella verde cumbre que se extiende ante él, y todo depende de una nimiedad.

Y él observa, inmóvil, pálido, con toda el alma concentrada en los ojos, y le tiembla el sable en la mano convulsa. Yo estoy á su lado y le miro la cara, y experimento involuntariamente todas sus zozobras, y siento todo lo que siente, lo oigo, vivo en él. «Ánimo, amigo; has infundido en tus soldados tu alma generosa; vencerán, no te desalientes. Ese movimiento incierto que ves hacia el ala derecha, no es más que una dispersión momentánea ocasionada por la desigualdad del terreno; no retrocederán, no; oye, los gritos resuenan con más fuerza, los disparos son más frecuentes, el último batallón ha entrado también

en fuego, todos tus soldados combaten.» ¡Ah! Ahora sí que recorre afanosamente con la vista toda la extensión de la línea de batalla; pierde el color; este es el momento crítico: su vida parece en suspenso. ¿Qué significan esas voces lejanas? ¿Qué llamada es esa que le sube al rostro? ¿Esa sonrisa, esa mirada al cielo? ¡Han vencido! Mas ¡por Dios!, antes de partir, vuélvete un momento, detén ese caballo: soy yo, ¿oyes?, un amigo de colegio: alargá los brazos, dame un beso, y ahora anda, vuela adonde están tus soldados, y que Dios te acompañe. — Ha lanzado su caballo á galope, llega al fondo del valle; ha desaparecido.

Y ¡quién sabe cuántos de mis compañeros se encontrarán un día, una hora de su vida, en semejante caso! ¿Quién sabe si muchos de ellos harán ilustres sus nombres con algún gran servicio prestado á la patria, si alguno de esos nombres adquirirá popularidad, si yo mismo veré alguna vez pasar por las calles de una ciudad italiana á un antiguo compañero de clase, de mesa ó de lecho, con grande uniforme de general, montado en un caballo blanco cubierto de flores y entre dos compactas filas de pueblo que le aclama? ¿Y quién sabe también si algún día iré á llamar á la puerta de uno de ellos para echarle los brazos al cuello apenas se me presente — pálido, triste, envejecido diez años en el espacio de pocos meses; — si me dirigiré á él para consolarle, para decirle que la sentencia del país ha sido injusta, que aún es grande el número de los que no asumen la responsabilidad del desastre, que llegará tiempo en que se calmarán las pasiones y se honrará á las víctimas de las sentencias dictadas con ligereza, que su nombre es aún respetado y querido, que no se amilane, que cobre ánimo y espere?

¡Ah! Cuando pienso en las rudas pruebas por que han de pasar muchos si viven, en el bien que podrán hacer á su patria, en



Ha lanzado su caballo á galope

el precio inestimable que deberán pagar por su gloria; cuando pienso en estas cosas yo que me separé del ejército, conozco que por no quedar á la zaga de mis compañeros en pagar mi deuda de gratitud á la patria, deberé trabajar sin reposo, velar todas las noches sobre los libros, conservar con rigurosa morigeración de costumbres mi vigor juvenil para dedicarlo lozano y entero á las tareas de la mente; llevar una vida immaculada para adquirir el derecho de predicar la virtud, y mantener viva y pura esta llama de afecto de la cual consigo á veces transfundir una chispa al pecho de los demás; estudiar el pueblo, los niños, los pobres y escribir para ellos; no dejar que salga nunca de mi pluma una palabra innoble, sacrificar todas mis fantasías al bien común, no desanimarme por ninguna contrariedad, no ir jamás en busca de lisonjas, no desear, no esperar nada, excepto un día en que pueda decirme á mí mismo: «He hecho cuanto podía, no he sido un hombre inútil, y esto me basta.»

X

¿Qué idea me cruza por la imaginación, ahora que estoy á punto de terminar? Quisiera tener aquí un jovencillo de diez y siete años, de buena índole y de costumbres agradables, pero poco conocedor del corazón humano, como lo somos todos á esa edad, y poniéndole una mano en el hombro, decirle amistosamente: «¿Quieres proporcionarte desde ahora un motivo de paz y de seguridad para el porvenir? Trata á tus amigos con las mismas consideraciones que tendrías con una mujer, porque, créeme, no hay ofensa ó palabra amarga ó desaire dirigido á uno de ellos (ya sea disculpable ó se olvide largo tiempo) que un día ú otro no acuda á la memoria, y no moleste ó enoje.»

Al cabo de muchos años, recordando á mis amigos lejanos, me acuerdo de una cuestión que tuve con uno de ellos, de las frases acaloradas que crucé con otro, del propósito formado y mantenido muchos meses de no dirigir la palabra á un tercero — niñadas; — y sin embargo, ¡cuánto me alegraría de no tener que echarme en cara ninguna de estas niñadas! Y aun cuando esté seguro de que en los demás han dejado tan poca huella como en mí, ¡cuánto deseo siempre que se presente ocasión de poder cerciorarme mejor disipando hasta la última sombra que por casualidad hubiese quedado!

Cuando se llega á esa edad en que comienza á acercarse el término de la juventud y se piensa en los años transcurridos tan pronto, y en los otros que pasarán aún más de prisa, y en el poquísimo bien que se ha hecho y en el poquísimo que nos queda tiempo de hacer, ese sentimiento de orgullo que á veces nos hace duros y enojosos para los amigos, nos parece una cosa tan mezquina, ridícula y despreciable, que si se pudiese, volveríamos atrás para emprender desde el principio todas las discusiones con el tono más suave de nuestra voz, para extender muchas veces la mano en actitud de pedir paz. ¡Cuántas veces recordaremos el pasado, encogiéndonos de hombros, para buscar á los amigos ofendidos y decirles mirándoles á los ojos: «No es nada, ¿verdad?»

XI

¡Queridos amigos! Aunque sólo fuera porque vi por primera vez con vosotros toda mi patria, ¿cómo podrá mi pensamiento no volar siempre á vosotros y mi corazón no desearos? Cuando desde el buque vi blanquear á lo lejos la inmensa curva del golfo de Nápoles, y junté impetuosamente las manos, y reí, y pen-

sé en mi madre y exclamé: «¡Es un sueño!» cuando desde la cumbre del monte del Noviciado abarqué por vez primera de una sola mirada la ciudad de Mesina, el estrecho, los Apeninos, el cabo Spartivento, y dije para mí con un sentimiento casi de tristeza: «¡Aquí termina Italia!» cuando en la cima del Monte Croce vi por vez primera, más allá de la dilatada campiña que hormigueaba de regimientos austriacos, las torres de Verona y extendí los brazos con un arranque de júbilo, gritando como si temiera que huyesen: «¡Esperad!» cuando vi por vez primera, desde la altura de Fusina, lejana, azul, fantástica, la ciudad de Venecia, y exclamé con lágrimas en los ojos: «¡Divina!» cuando divisé por vez primera, desde las eminencias de Monterotondo, á Roma circundada del humo de nuestras baterías, y exclamé estremecido: «¡Es nuestra!» siempre tuve al lado uno de vosotros, que sobrecogido de la misma emoción, me cogió de un brazo, me sacudió y me dijo: «¡Qué hermosa es Italia!» siempre alguno de vosotros alternó conmigo la risa, las lágrimas y los versos.

No hay punto de Italia, ni caso agradable, ni conmoción profunda que yo recuerde sin que me parezca oír el rumor de un sable, que dice: «¡Aquí estoy!» sin que me parezca estrechar la mano de uno de vosotros, sin que me pregunte dónde se encuentra ese uno y qué hace y qué piensa y si á su vez recuerda los hermosos días pasados juntos. ¡Oh! Podré encontrar en la vida gran número de otros amigos íntimos, leales, generosos, cuyas imágenes sonrientes se me presentan en tropel á cada momento; pero más allá de este tropel, sobre todas aquellas cabezas, veré siempre ondear á lo lejos vuestros penachos y relucir los números de vuestras gorras, y correré siempre hacia vosotros para deciros: «Hablemos de nuestro colegio, de nuestros viajes, de guerra, de soldados, de Italia.»